

CAPITULO XIII.

Amores fatales.

En una de las estancias antes por mí descritas, hallábase circuida de sus siervas la sultana Aixá, la cual parece por la dureza de sus facciones, por el imperio de su ademan, por la fuerza de su acento, mas bien que reina y señora, general ó pontífice. Cartas militares, instrumentos matemáticos, pergaminos y papeles varios ocupaban la alfombra sobre la cual yacía tendida, casi apoyando el codo en cojín de rica púrpura con el descuido de un militar en su tienda, la cabeza en la palma de su ancha mano más propia para manejar los instrumentos del trabajo varonil que para hacer las delicadas labores reservadas por la sociedad y por la naturaleza al débil y bello sexo. La sala de su habitual residencia en la Alhambra era la sala de los Abencerrajes. Al través de las cortinas que ornaban su entrada veíanse las columnas del patio de los Leones soportando su alicatado teñido de azul y plata; y oíase el rumor de las aguas, que despues de haber subido á las alturas como para dorar sus gotas en los resplandores del granadino cielo, despeñábanse por las tazas de mármol y alabastro. Una luz misteriosa caía de los ajimeces sobre que campeaba la rotonda, y se cuajaba como en rica pedrería por las pintadas estalactitas y por los caprichosos arabescos de sus paredes y de sus bóvedas. Sala terrible aquella sala poblada de sangrientos recuerdos. Como la tribu más guerrera de cuantas habitan Granada, la tribu de los Abencerrajes, se hubiese levantado en armas un día, el Sultán Aben Osmin llamó á sus jefes con halagos, los paseó por los ricos patios con cariño, y encerrándolos en aquel retiradísimo camarín del harem con perfidia, los entregó ¡traidor! á sus negros y á sus eunucos que, armados de puñales y gumias,

los descabezaron al borde del surtidor destinado á refrescar aquellos espacios, hasta teñir en sangre las claras aguas y dejar tendidos como en campo de batalla los yertos cadáveres con las cabezas cercenadas del tronco y esparcidas por el siniestro pavimento. Dada Aixá, antes á los negocios de Estado que á los recreos propios de su sexo; en su natural ambicioso y en sus aspiraciones inquietas gustábale encerrarse dentro de aquel cuarto para meditar lo mismo sobre las maniobras de las facciones que sobre el poder de los monarcas. Dicen cuantos la conocen, cuantos la ven todavía erguida sobre un reino despedazado, que si la última posesion de los musulimes en España pudiera salvarse de los decretos del destino y del poder de los cristianos, salvaríanla seguramente el valor y la entereza de esa hembra.

Mujer de sangre real, engendada entre los sueños que suceden á las fatigas del combate, crecida al fragor de las guerras; deparóle el cielo por esposo uno de los hombres que más alientos guerreros han tenido en el mundo, el bravo é infatigable Muley-Hacem, gloria espléndida de su raza, el cual, sin menospreciar las artes de la paz, vibra con la magestad de un dios antiguo los rayos de la guerra. No lleva ciertamente Aixá al ánimo de su real marido la dulzura y la poesía que necesitan los varones hasta para sus más gigantescos esfuerzos; pero, en los estremecimientos de la agonía que sacuden á guisa de terremoto el reino granadino, quizá sus cualidades, inútiles en tiempos vulgares, sirven para prestar aliento de esperanza á la misma desesperacion. Allí, donde el comercio ha llevado mil ideas católicas, y la cultura ha empobrecido la fé mahometana hasta entregarla al raciocinio, y el frecuente trato con nuestra gente ha trasformado las costumbres, Aixá permanece en su antigua fé, inaccesible á las emociones que embargan tantos ánimos y á los cambios que trae consigo el tiempo. Odio al cristiano, amor al Koran, culto á la guerra, ambiciones de gloria, delirio por el poder, dureza en el mando, indocilidad en la obediencia; hé ahí las calidades de esa reina árabe nacida para grandes empresas y condenada á representar irremisiblemente una irremediable decadencia. Gran consejero en los apuros de un reinado azaroso, gran teniente en los azares de una guerra varia; gran sosten para las vacilaciones del ánimo no es en realidad lo que necesita su esposo, una compañera en cuyos brazos reposar despues de los combates, y en cuyos coloquios obtener algun esparcimiento para el ánimo. Al verla austeramente vestida, con el Koran abierto ante sus ojos, con los astrolabios cerca de sus manos, acompañada de sus dos hijos tendidos á su lado como dos cachorros, llena de arrugas la frente por la elaboración continua de las ideas, contraídos los labios con una amarga sonrisa, duras todas las facciones, diríais con seguridad que Aixá no era tanto una mujer como un compañero de Hacem. Nadie le sostenia como ella en sus empresas. Nadie como ella celebraba su arrogancia. Al verlo partir, le exaltaba á preferir la muerte al deshonor, y al verlo volver solamente le sonreía

con agrado cuando le imaginaba victorioso. Así nadie ha celebrado como ella la altivez con que Hacem ha respondido á mis reyes cuando al requerirle y conjurarle para el pago de ciertos tributos, les ha dicho que en su reino ya no se bate moneda para henchir las arcas de los cristianos, sino que se forjan lanzas y cimitarras para esgrimirlas en una constante campaña contra ellos. El Sultan, que tiene mucho de belicoso, necesita al lado una mujer que tenga mucho de tierna. Por el amor buscamos el complemento de la propia naturaleza en cualidades y aptitudes diversas de las nuestras. Para eso lo ha inspirado próvidamente la naturaleza.

Los tiempos son de guerra, y busca la guerra el amor como se buscan y se completan los sexos contrarios. Hacem no descansa un punto en las batallas. Y como no descansa un punto en las batallas, necesita los amores. Después de haber esgrimido muchas veces su alfange y haber derramado muchas veces la ruina, el incendio, la muerte, aspira á mas dulces afectos, como si el corazón le aconsejara oponer á las fuerzas destructoras las fuerzas creadoras de la vida. Pero ¿dónde encontrar el amor? Una noche, tras inesperada victoria, fatigado de su continuo batallar, paseábase Muley-Hacem solo por los encantados cármes y las copudas alamedas de su Alhambra. La luna estaba en el zenit tan hermosa como el semblante de una virgen enamorada que palidece á la melancolía de sus amores. Su luz de plata, cayendo sobre las cúspides de la Sierra que llamaban del Sol los antiguos, nacaraba la nieve. En lo alto del cielo resplandecían algunos astros que lograban á duras penas atravesar con sus destellos las gasas de la luna; y en los bordes de los arroyuelos, cuya linfa repetía los rayos del astro de la noche, extendíase como una guirnalda de luciérnagas. Esas flores, tan frecuentes en el Mediodía, que guardan sus mas finas esencias para la noche, perfumaban los aires con tales aromas que realmente podían trastornar los mas firmes cerebros. Entre los juegos de luz y de sombras, sobre las ramas de los álamos dulcemente meneadas por las brisas, cantaba el ruiseñor, de suerte que sus gorgeos hubieran podido tomarse por la oda exhalada del amor universal. Muley-Hacem comparaba en su tristeza este concierto amoroso de todas las cosas con la soledad de su vida y decía que su alma estaba llamada á encontrar la nota correspondiente á sus aspiraciones en la armonía universal y el deseo que concordase con sus deseos en el coro infinito de todos los seres creados é increados que se hallan por la inmensidad esparcidos. Y al decir, al murmurar todo esto, tendiendo los brazos á lo infinito, para buscar las sombras sin forma correspondientes á las ideas sin expresion posible, oyó el acorde de una guzla, cuyas cadencias respondían mejor á la íntima interior tristeza suya que el rumor de los arroyos, y el susurro de las hojas, y el gorgo de las aves en el sublime silencio de la noche. Aquella sí que era una melodía triste como la misma tristeza y amorosísima como el mismo amor. Una huri descendida

del paraíso la entonaba sin duda, para decir lo que no podían expresar ni la una con sus rayos, ni el cielo con sus resplandores, ni el bosque con su rumor, ni la naturaleza entera con sus aspiraciones instintivas á producir y á expresar una idea.

Al son de la guzla siguió el son de un cantar producido por angélica voz de mujer, la cual en su dulzura, en su melodía, en su tristeza formaba una de esas angélicas cadencias, cuyo origen hemos convenido de comun acuerdo en poner allá donde se acordaron, mucho antes de que comenzara á fluir el tiempo, las sinfonías que debían componer en sus parábolas y en sus eclipses los astros. Oyó esto y salió fuera de sí el alma de aquel hombre, que suspiraba por las armonías angélicas en medio de las disonancias guerreras y de las pasiones políticas. El cantar estaba compuesto en romance; y producía amargas quejas engendradas por largo y pesado cautiverio. Cantaba en efecto una jóven tierna tristezas de esclava, embellecidas por esa propiedad de embellecerlo todo que siempre tuvo el dolor. Su voz se elevaba á la elegía, plañendo el hogar de donde la arrancaron como á la planta de su tierra, como á la avecula de su nido; el templo bajo cuyas bóvedas se perdieron las oraciones de que estaba naturalmente impregnada el alma; la noche fatal en que vió asaltados los muros de su castillo y muertas las gentes de su familia; la comparacion necesaria entre la vida que le deparaba el amor de los suyos y la vida que le ofrecía su desamparo, huérfana de todo padre, viuda de toda esperanza, habiendo caído, desde señora en esclava, adscrita al palacio de una sultana y constreñida por la fatalidad á la adoracion de altares y de dioses los cuales no eran ni los altares de su infancia ni los dioses de sus padres. Pena tal guardaba tanta poesía, que cualquiera hubiese imaginado oírle pintar algo más que uno de esos cautiverios tan frecuentes en aquellos tiempos y con tal reciprocidad sufridos por unos y otros pueblos enemigos en los sendos casos adversos de la eterna guerra. Creeríase que cantaba la prision á que yace sujeta el alma en este mundo y las dulces aspiraciones á otro mundo iluminado, no por ese pálido sol que al fin es una pavesa, sino por el ideal de luz inextinguible. Todas estas ideas y todas estas emociones conmovieron el alma de Muley-Hacem mientras cantaba la cautiva sus penas. Y allí le sorprendiera el alba con sus resplandores á no haber cesado la voz en sus cadencias. Pero, al desesperanzarse de volverla á oír y recluirse en su alhamí para conciliar el sueño y recapacitar los medios necesarios á encontrar y ver á la cantora, negóse el despierto cerebro á todo reposo, y mil figuras ideales, retratos fantásticos á los que debía corresponder la divina voz, vinieron en sueños á perturbarle y á decirle esas voluptuosísimas fantasías, á cuyo soplo se enardece en nuestras venas la sangre. Cuanto mas entregado se hallaba á estos esparcimientos vió un resplandor que ahuyentaba las tinieblas, y tras el resplandor aparecer la siniestra figura de Aixá.

En vuelta en blanco cendal, con una lámpara en la mano, los ojos extra-

viados, los labios contraídos, errante la mirada, podía confundírsela á primera vista con la imágen de uno de esos ensueños tétricos que vienen á turbar la paz del alma en las largas y silenciosas noches. Efectivamente, Aixá no iba á derramar el placer en torno de su esposo; antes al contrario, por si acaso olvidaba cetro y espada en el sueño, iba á despertarle para decirle como se ennegrecía el cielo en todas direcciones y bajaban los ángeles del último juicio desde las nubes y se estremecía sobre sus bases el imperio granadino y vacilaba la corona de los nazaritas en la frente de sus últimos sucesores. El necesario olvido, el reparador reposo, el silencio de la idea, esa eternidad diaria llamada sueño, tan saludable para la vida así del cuerpo como del alma, ese no ser á tanta costa alcanzado y tantas veces inútilmente pedido al espinoso lecho, quedaban interrumpidos por la presencia inesperada de aquella mujer, cuya voz, á manera de la trompeta apocalíptica, despertaba todas las penas de la vida, todos los terrores de la eternidad y todos los remordimientos de la conciencia. Hacem, que soñaba despierto con la cautiva cristiana, y que se embebía en contar los medios de verla pronto y hablarla, recibió aquella inesperada visita con natural desabrimiento y renegó entre dientes de su mala estrella que así le ligaba por tan estrechas ligaduras con aquel sér extraño, siniestro, repulsivo á todos sus deseos y á todos sus instintos.

—Desde las ventanas de tu palacio puedes ver los infieles, Hacem, y duermes. Ayer he recitado la oracion de los muertos; he pedido á Dios por los méritos de los espíritus puros que rodean su trono, por los méritos del profeta Mahoma, por los méritos de todos los vivos que enviara el día á la noche de la tumba, que rociara cenizas frías con la lluvia de su gracia, y acordara por mansion á un sér querido de mi alma el encantado paraíso. ¿Y sabes quién era el muerto? Pues era nuestro reino de Granada. Todo es temible en estas tormentas continuas y en estos diluvios de sangre. Llegan los infieles, caballeros en sus trotones de guerra, hasta los pies de tu Alhambra; y no les ciega el esplendor de tus torres bermejas amasadas con sangre de cristianos. La hoja de sus espadas toledanas reluce á esta luz, solo repetida antes en los mahometanos alfanjes, tan temidos como nefastos cometas. No se corta el sueño en la callada noche sin oír algún relincho, que indica la proximidad de un caudillo, el cual puede pasar entre las voraces llamas, puesto que ha pasado entre las musulmicas lanzas. Nuestro pueblo sabe de memoria los nombres de los Girones, de los Toledos, de los Manriques, de los Tendillas, de los Mendozas; y al mismo tiempo que sufre los botes de sus lanzas y las correrías de sus vasallos, admira tanto valor puesto á servicio de tan mala causa. Si un Garcilazo muere á la saeta de nuestras gentes, un Arias recoge de este joyero de ciudades la preciadísima Estepona. Muley, no niego tu destreza en cabalgar, tu certería en herir, tu fortuna en justar; pero cuán lejos van estando los tiempos en que cautivabas obispos y

los traías presos á tu real de Granada. Entonces te apuntaba el bozo, y ahora te apuntan las canas. ¡Cuántos héroes, como Aliatar han muerto á manos de guerreros bisoños como el valeroso alcaide de Antequera, ignorado segundon de una ilustre familia! Pasaron los tiempos en que un rey débil celebraba la festividad de Santiago ciñendo armas de aparato más que armas de combate á ochocientos ginetes, que fingian inútiles alardes, acompañados de damas montadas en palafrenes enjaezados ricamente y vestidas de guardabazos y almaizales para arrojar en su locura fingidos arpones á nuestras fuertes murallas. Entonces había en Castilla una reina que husmeaba nuestra algalia y nuestro estoraje; ahora hay una reina que solo husmea nuestra sangre. Tú mismo has presenciado la batalla del Madroño en que un jóven, casi imberbe, llevando el nombre mismo del Cid, que Alhá confundía, el nombre de Rodrigo, y ciñéndose armadura digna de gigantes, armadura completa, con el lanzon en una mano para arremeter furioso y en otra mano la rodela donde campea un leon calenturiento, tendió los nuestros á sus piés, arrancándoles audaz las ondas y las armas á las cuales fiaban su salvacion y su defensa. Poco despues, aquella fortaleza de Archidona, fabricada en sitio á que ni las águilas pueden llegar fácilmente, cae en manos de los freires calatraveños, presididos por su maestre el de Giron, tan fuerte en el ataque, tan audaz en el cerco, tan furioso en la acometida, que le han creído hasta sus mismo enemigos, vista la imposibilidad de subir por los repechos erizados de muros donde ha plantado sus pendones, un siniestro ángel exterminador, bajado del cielo como bajarán los encargados de preceder al último juicio, y depositario de la ira de Dios con la cual ha consumido lugares que parecían inaccesibles á la cólera devastadora del hombre. No hay castellano que no haga el juramento de Ponce de Leon, prometiendo por el logro de una ciudad y por el éxito de un combate, vestirse toda la vida de cilicio y aguardar, cuando la vejez les impida combatir, su muerte en un convento. Así no alcanzan paz nuestras tierras sino merced á vergonzosas treguas. Es verdad que tú has tomado á Zahara; pero tambien es verdad que un santón de esos cuya vida se parece á profecía continua ha anunciado que solamente pueden sobrevenirnos males de tal victoria, cuando todos los granadinos, desvanecidos por la ventaja de un momento cantaban en coro tus loores. Y bien pronto se supo la realizacion de este horóscopo, porque bien pronto resonó por toda la vega el grito doloroso, «¡Ay de mi Alhama!» anunciando como perdida para siempre la ciudad más preciada de nuestro reino. Así los ojos arrasados de lágrimas columbran con tristeza en los horizontes el triunfo de los cristianos. ¿Qué les contestaremos á nuestros parientes de África en esta vida y á nuestro profeta Mahoma despues de la muerte, cuando nos pregunten por nuestro Eden ideado despues del celeste, para mostrar como la Omnipotencia divina alcanza á hacer lo imposible? Hoy tenemos el más rico de los palacios en la más bella de las co-

linas, y mañana tendremos un aduar en el desierto; hoy miramos las frentes de tantas tribus ilustres inclinándose en nuestra presencia, y mañana solo miraremos, cuando queramos saber algo de nuestra vega, las sombrías alas de la golondrina que habrán rozado los adarbes de las torres bermejas. Muley, tales tristezas habitan en tu palacio, se deslizan hasta tu lecho; y duermes todavía.

—Aixá.

Exclamó Muley—Hacem espereándose de fatiga tras la extensa, aunque distraída, atención que prestara al discurso de su mujer.

—¿Qué quieres? Hacem.

—Quiero un poco de compasion para mí.

—Tenla tú del reino, y si no del reino, por cosa demasiado grande para encerrada en tan mezquino pecho, tenla de nuestros hijos.

—No puedo compadecer á persona alguna en la tierra, cuando toda la compasion que empleara en los demas la necesitaria para mí mismo.

—¡Me insultas de esa suerte!

—¿Te parece poca desgracia no dormir en paz como duermen allá en sus mazmorras los esclavos?

—Tengo dos hijos, y desde el punto en que me sentí mujer, deseé tenerlos. Quiero para mis hijos, dignidades, riquezas, coronas, como buena madre que soy, gracias á Alhá. Y pues quiero, no para mí, para ellos, todos estos bienes, ya puedes suponer cómo veré el reino granadino cayéndose á pedazos, sus vegas mas hermosas taladas, sus hijos mas valientes cautivos, sus predios mas ricos incendiados, sus muros mas fuertes ruinosos, sus ciudades mas queridas sitiadas, su próximo fin anunciado por tantos y tan terribles anuncios como los que pudieran verse en tierra y cielo al acercarse el último juicio.

—Aixá, dijo Muley, incorporándose en el lecho y dirigiendo miradas de odio á su impertinente mujer, tu esposo no ha consentido un punto de descanso á sus fuerzas. Tu esposo ha pasado por el mundo á caballo y cimitarra en mano. Tu esposo ha caído sobre las tierras cristianas como el rayo sobre el árbol, como el huracan sobre la selva; como la tormenta sobre el mar. Una humareda espesa y un rastro de sangre indelebre señalan su paso por todas las comarcas que recorre con su furia. Las victorias rebosan en nuestros anales, los timbres se aumentan en nuestros escudos, los cautivos se amontonan en nuestras mazmorras, los despojos crecen en nuestras porfias, el riño nazarita se salva del feroz empuje castellano. Solamente puede perderlo para siempre la intriga asesina deslizándose en nuestros palacios, la division artera en nuestras gentes, los facciosos traidores en nuestras hueses, los rebeldes á su rey en nuestro pueblo. Y tus quejas suscitan todos estos males en razas de antiguo mal contentas.

—Suprime tus errores y verás como suspendo mis plañidos.

—Estoy seguro de que dejaré el reino íntegro á tus hijos; y estoy seguro tambien de que tus hijos lo perderán para siempre. Quieres destinarlo al trono y los encierras como viles mujeres en el serrallo. Quieres que aprendan á reinar y no los envias á combatir. Quieres que tomen el alfange cuyo filo cercena las cristianas cabezas y los acostumbras á la aguja cuya punta borda los femeniles brocados. Las gentes llaman á tu predilecto, á tu primogénito, á tu Boabdil querido, el chico y el desventurado, como diciendo que, al morir su padre, morirá con él tambien la última esperanza y la poster fortuna de Granada.

—Injusto, injustísimo conmigo, Hacem, con tu mujer, con tu Aixá, con la madre de tus hijos. Apenas saliera de la infancia cuando estaba Boabdil ya en la guerra. Apenas dejara el pecho de su nodriza cuando le caía en los labios acostumbrados á la dulce leche el amargor acerbo de la sangre. Las lanzas cristianas han herido su garganta en la edad en que solamente la habian tocado los besos ardientes de esta madre. Los cautivos que le sirven por él están cautivados en cien victorias. Su arrojo en adelantarse á todos le llevó al cautiverio de Lucena y su heroismo en el cautiverio le colocó entre los hombres mayores de su raza. Y lo injurias creyéndole indigno de una corona que llevará con gloria, y de un reino que defenderá con heroismo. Alhá permita que le legues el reino con fortuna, pues ya lo conservará él con gloria. Así tuviera en la maestría del padre toda la fé que tengo en la estrella del hijo.

—Mira, Aixá, no me molestes de esa suerte. Entre el coro de loores que á todas partes me sigue por haber defendido este reino nuestro con tanto brio, no opongas tú la discordancia de esa agria voz y de esos importunos lamentos. Teme que algun dia tu esposo te maldiga y te repudie.

—¿Esas tenemos, exclamó Aixá enfureciéndose como una tigre herida y dando á sus facciones duras y rígidas mayor rigidez y dureza con el aspecto de su cólera, esas tenemos? Pues no en vano amenazas, Hacem, á una mujer como yo, capaz de levantarse en armas contra tí mismo y de ponerse al frente de un motin popular para arrancarte la corona de las sienas y del pecho el corazon. Granada es un hervidero de odios. Los fugitivos de tantas ciudades como nos ha arrancado la desgracia no pueden ver á las antiguas familias damasquinas, porque atribuyen á su molicie las más naturales desventuras. Los muchos renegados, que por todas partes pululan, atrevidos y cebados por inmundas logrerías, no pueden ver á los fieles, que los desprecian con justísimo desprecio como á traidores y apóstatas. El Zeneta maldice del Gomel; y el Gomel del Zegrí; y el Zegrí del Abencerraje. La division reina en nuestra propia familia. Tu valeroso hermano, á quien llaman las gentes el zagal, aspira á una corona imposible en reino tan recortado, cuyas últimas migajas pertenecen exclusivamente á mi Boabdil y á su hermano. De estos hijos tuyos no puedes fiarte, estando como están ambos